
LAS

TRES ROMAS

2 DE NOVIEMBRE.

Salida de Nevers.—Itinerario.—Villars.—Saint Parize.—Saint Pierre-le-Moutier.

Dos horas despues del medio dia, la gran diligencia de Paris á Lyon se detenia en Nevers. Allí recogia tres viajeros que partian para Italia; éstos eran los Sres. H. de Ch. . . . F. de Ch. . . . y yo. Mis jóvenes compañeros de viaje se lanzaron alegremente al coche en donde yo me coloqué á mi turno; y el látigo resonante del postillon, haciendo enderezar la cabeza á nuestros cinco corceles, imprimió movimiento á nuestro pesado vehículo. Desde la portezuela dirigimos un último saludo á nuestros amigos, prometiéndoles estar en Roma dentro de un mes. Nuestros relojes señalaban las tres ménos veinte minutos: fijo este dato preciso; más tarde se sabrá por qué.

Si alguna vez os ha sucedido emprender un viaje lejano, convendreis en que el momento de partir tiene algo de solemne y conmovedor. ¿De qué viene esto? Lo ig-

noro. Sé, al ménos, que al primer movimiento de aquella diligencia, que iba á depositarnos sucesivamente en otras veinte, de las cuales la última no debia detenerse sino en la extremidad oriental de la Italia; á la vista de aquellas casas, de aquellas calles, de aquellas plazas que huian y no volveriamos tal vez á ver más; al recuerdo de tantas personas queridas que nos acompañaban con sus inquietudes y sus votos, nuestros corazones se hallaban seriamente conmovidos. El dia mismo en que partiamos, dia de tristes pensamientos, las hojas secas que el viento hacia rodar sobre el camino, la vaga aprension de los peligros que puede correr el viajero, todas estas cosas nos sumergieron en una especie de melancolía, que se explicaba por un largo silencio. Para sacarnos de ella, no fué necesario más que el pensamiento bien meditado de los útiles placeres que nos prometiamos en el viaje, unido á la esperanza de una vuelta feliz. Roma é Italia, se representaron á nuestros ojos con toda la majia de su nombre, y el poder de sus recuerdos.

¡Roma! ¡La Italia! ¡Cuántas cosas, en efecto, en estas dos palabras! Para el simple viajero, la Italia es el país del hermoso cielo, y de los risueños paisajes; para el filósofo y el literato, es el teatro de los más grandes acontecimientos consignados en la historia del mundo antiguo. Allí han vivido, hablado, escrito, han hecho su papel y han dejado las huellas de su tránsito, la mayor parte de los hombres famosos, en medio de los cuales hemos pasado nuestra larga infancia. Para el artista, la Italia es la patria de las artes y Roma una vasta galería; para el arqueólogo, es un museo en que se conserva escrita en piedra, en mármol y en bronce, toda la historia sagrada y profana. Para el cristiano, para el sacerdote sobre todo, la Italia es el puerto feliz en que la nave de la Iglesia ha fijado su áncora inmortal, y Roma, el centro de la fe, de la cual tiene la dicha de ser hijo ó ministro.

Entre tantos títulos, uno solo bastaba, para hacer de un viaje á Italia nuestro delirio favorito. Este delirio, comenzaba á ser una realidad; por tanto, interrogábamos á nuestros pensamientos con la inquietud del hombre que despierta, y nos preguntamos: ¿De veras vamos á Roma? ¡Sí! Roma, madre y maestra de todas las Iglesias, ciudad providencial, objeto alternativamente del terror y del amor del Universo; misterioso círculo de los dos mundos, reina eterna de las naciones, que ha llegado á ser la pacífica morada del padre comun de la gran familia católica, despues de haber sido la ruidosa capital de los siranos del género humano, nosotros te veremos bien pronto, no solo con los ojos de la ciencia profana, sino tambien con los ojos de la fé. ¡Suelo sagrado que, tantos santos mártires, despues de Pedro y Pablo, han tocado con sus piés, regado con sus sudores, y humedecido con su sangre, bien pronto recibirás la huella de

nuestros pasos! Todavía más: aun contemplaremos el augusto rostro de aquel á quien tantos otros, ménos dichosos, desean ver ya que no verán jamas. Nos será dado reanimar nuestra fé en la tumba de los apóstoles, en las catacumbas de nuestros padres; despues, volveremos al seno de nuestros amigos á vivir con nuestros recuerdos.

Esta esperanza de la vuelta, la más dulce para el corazon del viajero, quisimos al momento afirmarla. Apénas habiamos atravesado el gran puente que dejaba al Loire entre la ciudad y nosotros, cuando recurrí á una receta cuyo uso, tan agradable como fácil, procura infaliblemente la confianza. Conviene saber que, en su maternal solicitud, la Iglesia ha compuesto un itinerario para uso de los viajeros; ¡inimitable oracion, en dónde están previstas las necesidades todas de los caminantes! La Iglesia en él, se dirige á su divino esposo, y le suplica que vele, durante el camino, sobre el hijo de su comun ternura. Ella le recuerda que él tambien fué peregrino en el valle de lágrimas, pero que tuvo un precursor para allanarle el camino; le repite sus antiguas bondades con los viajeros, y el milagroso paso de Israel á través del Mar Rojo, y la libertad de Abraham de la tierra de Caldea, y sobre todo, el viaje del jóven Tobías conducido por el arcángel Rafael. Al recuerdo de tantas maravillas de poder y de amor, el corazon se abre á la más entera confianza, y se dice al punto: «Con tales hechos, ¿qué tengo que temer? Aquel á quien toda la tierra pertenece, á quien obedecen los elementos todos, vela sobre mí como sobre la niña de sus ojos. Conmigo viajan mi ángel tutelar y los de mis compañeros, y por todo el camino están escalonados los espíritus protectores de los lugares por donde voy á pasar. Tienen orden de mi padre celestial de cuidar de

mí, y estoy cierto de ello, cumplirán su deber con más exactitud y buena gana, que las autoridades civiles y militares invitadas por mi pasaporte, á prestarne ayuda y proteccion. ¡Bendita seas tú, Religion santa, que asocias á nuestros intereses el cielo y la tierra: donde quiera que se halla un hijo tuyo, no está solo!

En medio de estos pensamientos, apénas notaba yo que nos alejábamos rápidamente. Ya habiamos pasado el famoso Chaume, donde el impío Foucher, parodiando nuestros augustos misterios, bendecia en un dia, á nombre de la naturaleza, trescientas parejas republican-s. La montaña de los *Brignons*, con su mal afamado monte *Magny*, con sus recuerdos de Carlos el Calvo y del santo sacerdote Vicente, habian desaparecido. A la derecha percibíamos, á traves de un telon de álamos, al antiguo castillo de Villars, cuyas anchas fosas sirvieron de sepulcro á más de un caballero de los de guante férreo. A la izquierda, dejábamos á Saint-Parize y su cripta romana, eterna tortura de los arqueólogos. Habia cerrado la noche cuando llegamos á Saint-Pierre-le-Moutier.

Como dos meteoros brillantes, dos grandes figuras parecen suspendidas sobre esta pequeña ciudad, que no deja de ser memorable en la historia. La primera es, la del venerable hijo de San Benito, que en la Edad Média vino á plantar su báculo de peregrino en este lugar solitario. Al rededor del monasterio, se ha formado la ciudad; aquí, como en todas partes, la religion precedió á la civilizacion. La segunda figura, que cerca de la primera formaba un grupo digno de un hábil pincel, es la de la milagrosa Doncella de Orleans. Saint-Pierre-le-Moutier fué el teatro de su brillante valor. Salvando el espacio ocupado en otro tiempo por los fosos, se cree escuchar la dulce y sonora voz de la jóven heroina que excitaba á sus gentes.

«¡Traed leña y zarzas todo el mundo, á fin de hacer el puente!» «El cual inmediatamente despues fué hecho y edificado, continúa el caballero d'Aulon, testigo ocular, de cuyas disposiciones, dice él, todos se maravillaron; porque incontinenti, dicha ciudad fué tomada por asalto, sin encontrar por entónces gran resistencia; y dice el que habla, que todos los hechos de la dicha Doncella, le parecian más bien hechos divinos y milagrosos que otra cosa; y que era imposible, á tan jóven doncella, hacer tales obras sin voluntad y direccion de Nuestro Señor.»¹

La toma de Saint-Pierre-le-Moutier fué una de las últimas hazañas de Juana de Arco. El año siguiente, la libertadora de la Francia expiaba su gloria en la hoguera, encendida por mano de los ingleses.

Al cabo de cinco horas de ir en el coche, habia habido tiempo de medirse, de interrogarse con la vista y de reconocerse los unos con los otros. Habia conformidad por otra parte, una solemne calma reinaba en la naturaleza; apénas se interrumpia el silencio de la noche por el paso de la pesada diligencia que imprimia lentamente sus profundas huellas en el camino cenagoso del Bourbonnais; era la hora de los cuentos cerca del fuego durante las noches del otoño, y las lenguas se desataron. Segun su muy loable costumbre, la conversacion saltó bruscamente de unos asuntos á otros; sucesivamente sentenciosa, difusa, grave, jocosa, acabó, al caer sobre la educacion, por tomar una fisonomía ya jovial, ya seria, que guardó largo tiempo. La educacion maternal y paternal, el colejo, la pension, las cualidades y los defectos, la inocencia y el bienestar de la primera edad, todo esto pasó en re-

¹ Declaracion de Juan d'Aulon, caballero, consejero del rey, y senescal de Beaucaire, hecha en Lyon el dia 28 de Mayo de 1456.

vista y sazonado con reflexiones y anécdotas. Entre estas últimas hay una que me voy á tomar el permiso de referir.

En el fondo del carruaje está un cirujano—mayor que bajo sus cabellos grises conservaba toda la vivacidad de la juventud; hombre, además de muy buena compañía y muy amable narrador. «Los niños, dijo, son á veces de una ingenuidad perfecta. Hace algunos años, una de mis hijas, llamada María, de edad entónces de siete años, se hallaba sériamente indispueta; juzgué que necesitaba un vejigatorio; pero lo difícil era hacer que lo aceptara. Después de haber buscado largo tiempo una astucia de guerra, hé aquí que me viene al espíritu una luminosa idea; llamo á María y á su hermana Matilde, mayor que ella diez y ocho meses, y les digo gravemente: «Yo pondré esta tarde un vejigatorio á la que sea de ustedes más buena.—Yo seré, papacito, yo seré, me respondieron una y otra arrojándose á mi cuello. «Salí, entró su madre, corrieron hácia ella diciéndole: «Mamá, mamá, ¡qué contento! si somos buenas, papá nos ha prometido un vejigatorio esta tarde. El día se pasó en esfuerzos sostenidos para el bien. De vez en cuando las oí preguntarse en voz baja: «¿has visto tú un vejigatorio?» A la respuesta negativa de su hermana, María viene á decirme: «Papá, ¿cómo es un vejigatorio? ¿es cosa de comer?—No, hija mía, un vejigatorio se pone en el brazo:» va en seguida á llevar mi respuesta á Matilde, y cada una se mira el brazo para gozar desde ántes del bello efecto que debe producir el misterioso adorno.

En fin, llega la noche y declaro que María ha sido la más buena. Matilde se aniega en llanto.—«No llores, hermanita, le decía María; si mañana también somos buenas, papá te dará un vejigatorio como á mí.—¿Sobre qué brazo, pregunta mi dichosa enferma, se pone el vejigatorio?—

En el derecho.» Al punto, me descubre su brazo hasta la espalda. «Pero, le dije, es necesario estar en cama para recibirlo:» corre luego hácia ella.» Le coloco el vejigatorio: María lo mira, me da las gracias, me abraza y se duerme feliz como una reina. ¡Ay! como la de algunas reinas, su dicha, no fué de larga duración. No era aún de día, cuando llama tristemente á su hermana, diciéndole: «Matilde, Matilde, ¿quieres mi vejigatorio?—Y bien; préstamelo al ménos un instante.» Oigo esto y acudo; y fué necesario interponer mi autoridad para impedir la concesión. Entónces Matilde se puso á sollozar, diciendo: «Siempre á María se le da todo y yo nunca tengo nada.»

3 DE NOVIEMBRE.

Moulins.—La iglesia del Colejio.—Recuerdos.—Un viaje en diligencia y la vida humana.—El progreso.—Roanne.—Tarare.—Lyon.

Un tiempo soberbio, una temperatura de primavera habían acompañado nuestra partida; pero en el órden físico, así como en el moral, los días se suceden y no se parecen. Era media noche; espesas nubes cubrían la faz del cielo y una luna dudosa iluminaba nuestra rápida travesía por Moulins, la ciudad de los ruiseños paseos. Una de nuestras penas fué no haber visitado de nuevo la iglesia del Colejio, que otro tiempo era de la Visitación. Interesante por sus riquezas artísticas, lo es mucho más por sus recuerdos. Mientras haya una sola piedra en pié, ella repetirá los nombres ilustres y benditos de dos mujeres fuertes, modelos de su sexo y glorias de su siglo. Bajo la sombra de ese santuario vivieron largo tiempo; sobre esas losas de mármol, derramaron sus lágrimas y sus oraciones Juana Francisca Fremiot, baronesa de Chantal, después la no-

ble é infortunada María Feliza de los Ursins, duquesa de Montmorency. La primera, digna hija de San Francisco de Sales, fundó, de acuerdo con él, la órden ilustre de la Visitación; la segunda, nacida casi sobre las gradas del trono, supo encontrar en los consuelos de la más elevada piedad, el secreto de vivir dulce y resignada, después del espantoso golpe que, cortando en el cadalso la cabeza de su marido, había roto para siempre sus esperanzas y destrozado su corazón.

Al despuntar el día, abrimos las portezuelas cargadas de vapores; una espesa nube oscurecía el horizonte; el frío era penetrante, el camino solitario y monótono; todo conducía á graves pensamientos. El que me conmovió, fué el paralelo de la vida humana y de un viaje en diligencia.

En la diligencia, os encontráis con viajeros, de los cuales unos os atraen, otros os desagradan, unos os dejan pronto, otros más tarde; amigos ó enemigos, es preciso separarse de todos. Los lugares vacantes se reemplazan prontamente; otros rostros suceden á los primeros; nuevos conocimientos, nuevas repugnancias, nuevos placeres, nuevas ideas, nuevo mundo. Los ausentes son bien pronto olvidados. Así es la vida humana.

En la diligencia, los pasajeros se colocan en lugares diferentes, vos mismo ocupáis estos con frecuencia, los unos después de los otros: lugares de pescante, nido del estudiante en vacaciones y del soldado en semestre, en donde respiráis el humo del cigarro, en donde tiritáis cuando hace frío, en donde os mojáis cuando llueve; lugares de Cupé, gabinete del mundo elegante, en donde veis en perspectiva el timón del carruaje y la proa de los caballos, lugares de interior, salón del comercio, en donde os sofocáis si hace calor, en donde se habla, como en representación sucesiva, del teatro, caminos de fierro, vinos, canela y

remolacha; lugares de *rotonda*, compartimiento del proletario, en donde se os asegura, sin aumento de precio, el placer de ser devorado por el polvo, y la olorosa compañía de los pájaros, de las nodrizas y de los segadores. De todos estos lugares, el mejor no vale nada: por todas partes sacudimientos y fatiga. Así, en la vida humana, ¿quién se siente bien? ¿quién puede hoy responder que no ocupará todos los lugares del carruaje social? ¿Cuántos están en el cupé que estaban ántes en la rotonda y *viceversa*?

En la diligencia, cada uno viaja por un interés particular; quién por el comercio, quién por gusto, quién por instrucción, quién por la salud, quien por cambiar de lugar. Así en la vida humana. ¡Ay! sí; en este viaje, cuyo objeto debía ser el mismo para todos, hay tan diferentes objetos como viajeros.

En la diligencia, el viaje es rápido; en vano querriais alguna vez moderar el paso. La voz ronca del conductor repite en cada estación: *en marcha, daos prisa*; y los latigazos del postillon ejecutan la cruel órden. Así en la vida humana. Cualesquiera que sean vuestros deseos, os está prohibido deteneros un momento; la voz imperiosa del tiempo exclama siempre: ¡en marcha! ¡en marcha! y es necesario andar.

En la diligencia, el viaje es corto; algunas horas, algunos días, raras veces algunas semanas, algunos meses. Así en la vida humana: la más larga es un sueño.

En la diligencia, el viaje es engañoso; la tierra, los árboles, las casas, las montañas, los hombres, el cielo, del cual solo veis un punto, se ven aparecer y desaparecer. Creéis que todo eso huye, y sois vos quien huye. Así en la vida humana: creemos que todo cambia á nuestro alrededor, y nosotros somos los que cambiamos.

En la diligencia, encontráis de vez en

cuando hospederías, unas buenas, otras medianas, otras malas; no haceis más que poner el pié en ellas, os servís á toda prisa de criados, muebles y habitaciones que no os pertenecen. Así en la vida humana; la choza del pobre, la casa del rico, el palacio del rey, son abrigos pasajeros en donde se duerme una noche; al día siguiente es forzoso partir.

En fin, última semejanza: en la diligencia no es raro que os pasen accidentes. Aun en los viajes más agradables, ¿quién ignora que cuentan por mucho los inconvenientes y los deseos malogrados? Así, y siempre así, en la vida humana.

La *Palisse* cortó el hilo de mis reflexiones; ese lugar nos recordó al Sire de la Palisse y la canción popular. Al recuerdo del ilustre mariscal de Francia, que después de tantas hazañas, pereció gloriosamente en la batalla de Pavía, ¿cómo no repetir con M. de Maistre: «Sed un grande hombre para que el primer coplero venga á cantaros y á juntar á vuestro nombre un ridículo inmortal?»

No se había acabado todavía esa canción que entonaba un viajero, cuando un espectáculo inesperado vino á provocar la hilaridad de todos. Atravesábamos una pequeña y sucia aldea, cuyo nombre nadie pudo decir. Sobre la puerta entreabierta de una miserable cabaña, con paredes de lodo y techo de paja, aparecía una plancha roja con estas fastuosas palabras en grandes caracteres negros: *Gabinete de lectura*. Mas en el momento de nuestro paso por allí, un gallo entraba arrogante en dicho gabinete. La vista del bípodo en semejante lugar, condujo á una muy seria discusión sobre la especie á que pertenecía. «Es un gallo de la India,» decían unos; «es un gallo francés,» respondían otros.—Vosotros no sabeis de eso nada, añadió un comedido viajero; el inteligente animal que va á tomar su folle-

to, es evidentemente un gallo falansteriano, un gallo libre, un gallo emancipado, como los vereis á millones en un cercano porvenir.—Me da lo mismo, exclamó uno de los viajeros que había combatido en las Pirámides: siempre el progreso por todas partes, la civilización; y con una voz á la vez ronca y temblorosa, se puso á regalarnos con esta canción, que no carece de mérito:

Héme aquí hecho ya un viejo:

¡Qué triste cosa!

Héme aquí caducando

Sin saber jota.

¡Ay, quién pudiera

Ver á nuestros pilluelos

Pozos de ciencia! . . .

Sabrán ¡oh! la *rientórica*,

Sabrán la *matomática*,

Sabrán la *metalfísica*,

La *químilca* sabrán:

Que en los raros secretos de todo eso
Estriba nada ménos que el *progreso*.

Por caminos de fierro,

Sin sobresalto,

Correranse las postas

A todo trapo.

Oh ¡qué delicia

Sentirán los pilluelos

Con esa prisa!

Cual si lanzados fuesen

Con furia, de una honda,

El mundo en pocas horas

Verán á la redonda;

Y pobres las tabernas ya sin eso

Dirán en su abandono: *hé ahí el progreso!* . . .

Mas la máquina salta

Rota en pedazos . . .

¡Qué importa dislocarse

Los *homoplátos*,

O al dar en tierra

Romperse allí la *crisma*,

O un brazo ó pierna?

Si acaso tal sucede,

Llamais un *Ormeopáta*

Que os rompa la otra pata,

Y así quedais mejor.

¡Oh, quién pudiera contemplar todo eso,
Y admirado, exclamar: *hé aquí el progreso!* . . .

Y cuando ni á sí mismo

Sufrirse pueda,

Pone término el hombre

A la comedia;

Y se despacha,

Así . . . ¡como si fuera

Cosa de ganga!

Este se mete un plomo,

Se pincha el que es más zote,

Aquel se da garrote,

Y otro el fresco en las aguas va á buscar.

¡Hé aquí la ilustración, hé aquí el pro-
(greso! . . .

¿Y hay quién no se entusiasme con todo
(eso?

Mientras que el viejo soldado estigmatizaba el charlatanismo y la impiedad, la diligencia nos llevaba rápidamente. Atravesábamos las últimas llanuras del Bourbonnais, en las que Napoleón, al volver de Egipto, marcaba veinte lugares favorables para campos de batalla: ántes de las doce estábamos en Roanne. Allí comienza la irradiación de la actividad lionesa; camino de fierro, puerto, tiendas más numerosas y elegantes, todo anuncia la cercanía de una gran ciudad. Sin embargo, el país cambia de aspecto; profundas barrancas, selvas de encinas os conducen á la famosa montaña de Tarare. La atravesamos sin accidente, así como la ciudad del mismo nombre, improvisada por la industria. A la luz de los faroles, ésta nos enseñó con el orgullo del que ha hecho fortuna, la fachada uniforme de sus largos edificios, todos parecidos

á cuarteles ó penitenciarías. Se pretende en esto, que bajo el aspecto moral y material, la manufactura tiene un poco de unos y de otras. El tiempo no nos permitió verificar la observación; nos estábamos tardando. El indolente conductor tuvo á bien culpar á los caballos, á los postillones, á los viajeros y á todo el mundo, excepto á sí mismo, y llegamos á las puertas de Lyon una hora después de media noche.

¿Podremos partir en los barcos? Esta grave cuestión nos ocupaba hacia ya tiempo. Cada uno hablaba según sus temores ó sus esperanzas. Unos, decían sí; otros, nó. Todos ignoraban si el Ródano, recientemente desbordado, permitía el paso por los puentes. Estábamos en esta incertidumbre, cuando apareció por la portezuela una extraña figura, iluminada por una linterna sorda, y medio cubierta con un ancho sombrero fieltro de alas aplastadas. Esta figura hablaba y decía: «Señores, billetes para el *Papin* número 2; es el único barco que parte hoy.» Todas las manos se alzaron á tomar los dichos billetes. Ahora, ¡ved cuán grande es sobre nuestros juicios el influjo de las pasiones! En el interior de un bosque, el hombre que ofrecía semejante figura nos habría hecho palidecer á todos. Y bien, ¿creeríais que aquí, gracias á sus tranquilizadoras palabras, el mensajero del *Papin* nos pareció casi tan bello como un ángel? Bajamos con nuestras maletas y á pié; tiritando y transidos de frío, seguimos hasta el borde del río al oficioso guía. El barco estaba abierto; bajamos á lo que se llama salón. Al resplandor de una lámpara, y con el calor de una cacerola vigorosamente calentada por el maquinista, vivaqueamos, tendidos sobre canapés hasta las seis de la mañana.